

Editorial

El triunfo del FMLN y sus perspectivas

Un largo camino

El resultado de las elecciones presidenciales del 15 de marzo, que favoreció al FMLN y a sus candidatos, Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén, marca una inflexión histórica importante. Por una parte, significa el agotamiento del proyecto político y económico de la derecha, representado en el modelo neoliberal que, a lo largo de veinte años, mantuvo ARENA cuando estuvo al frente del gobierno. Por el otro, implica la posibilidad para la izquierda salvadoreña de implementar un proyecto distinto de sociedad.

El proyecto político que terminó dominando durante la transición abierta con los acuerdos de paz fue el del partido ARENA. Los acuerdos de paz estaban diseñados para superar las causas que originaron la guerra y para generar dinámicas políticas y económicas más participativas. Sin embargo, el proceso se desnaturalizó paulatinamente. Es cierto que la etapa de la posguerra se caracterizó por una importante apertura política, pero también es cierto

que el campo de lo político se convirtió en un campo para defender los privilegios de los partidos políticos y los intereses privados de sus dirigentes, en particular, de los partidos ARENA, PCN y PDC. Las instituciones estatales, incluyendo aquellas instituciones creadas con los acuerdos de 1992, se convirtieron en un botín político, bien como un medio para defender intereses particulares, bien como una forma de pagar favores políticos. Se podría hablar, con toda propiedad, que la transición iniciada con los acuerdos de paz se caracterizó por una institucionalidad democrática puesta en función de intereses privados.

El partido ARENA, que demostró, durante las dos décadas que estuvo al frente del gobierno, una gran habilidad para crear una imagen de autorrenovación permanente (cambiando rostros o discursos, según la necesidad), se vio sometido a un desgaste progresivo. La imagen que proyectaba mediáticamente no se correspondía con la realidad. El partido fresco que aparecía en los anuncios publicitarios y en los discursos presidenciales no era el mismo partido caracterizado por su distanciamiento de las demandas más sentidas de la ciudadanía. Su gran arma, esgrimida magistralmente contra el FMLN, la paranoia anticomunista, dejó de tener efectividad.

En la campaña electoral se puso de manifiesto que ARENA ya no tenía nada que ofrecer. Ni tan siquiera desde el plano mediático, pues se centró casi exclusivamente en una campaña de miedo. El FMLN, por su lado, no cometió el error de seguirle el juego a la campaña anticomunista y optó por promover la figura de su candidato a la presidencia. Por otro lado, y no menos importante, el FMLN logró movilizar a la ciudadanía para defender su voto. Esto fue clave, ante las anomalías —que ya lindaban con el fraude— por parte de ARENA. Así, el triunfo del candidato Mauricio Funes fue el final de un largo camino. A partir del primero de junio comienza una nueva etapa histórica para El Salvador.

Las expectativas ciudadanas

Según una encuesta del IUDOP, Mauricio Funes entra a Casa Presidencial con un 81.4% de aprobación por parte de la ciudadanía salvadoreña, un porcentaje mucho mayor con relación al que le valió para ganar las elecciones. Hay, por lo tanto, grandes expectativas por parte de la población en torno al proyecto de cambio que representan

Funes y el FMLN. Expectativas, sobre todo, relacionadas con una mejora en la situación económica heredada por los gobiernos de ARENA y agravada por la crisis económica mundial. Sin embargo, los dirigentes del FMLN han dejado en claro que no pueden esperarse cambios sustanciales de la noche a la mañana.

Las expectativas ciudadanas no se centran exclusivamente en lo económico. Diferentes sectores, que se han visto marginados históricamente en el país, confían en que el nuevo gobierno abrirá mayores espacios de participación e incidencia en la vida nacional. Un buen precedente fue, sin duda, la activa movilización de la ciudadanía en defensa del voto durante los comicios de enero y marzo recién pasados. Esta energía política demuestra un potencial importante que no debe desperdiciarse. Sería un error reducir la importancia de la participación ciudadana a los momentos electorales. En ese error han caído los políticos tradicionales. La capacidad de movilización demostrada en la campaña electoral demuestra que hay una necesidad de fortalecer la organización ciudadana.

Esto también es un factor novedoso comparado con las dos décadas de gobierno de ARENA. El período de posguerra —caracterizado por una apertura política impensable en tiempos de los gobiernos militares— fue un período de decrecimiento de lo que se llamaba en tiempos del conflicto “movimiento popular” y hoy se da en llamar “sociedad civil”. Salvo en coyunturas muy puntuales, como en las marchas contra la privatización del sistema de salud pública —las llamadas “marchas blancas”, que tuvieron lugar durante la administración de Francisco Flores—, los veinte años de gobiernos de ARENA fueron el escenario de una progresiva desmovilización y despolitización de la sociedad salvadoreña. Por supuesto que a esto contribuyó el desencanto propiciado por las acciones de los partidos políticos. Las expectativas producidas por la candidatura de Funes causaron una “repolitización” de la sociedad salvadoreña, en el sentido de despertar, nuevamente, el interés por incidir políticamente.

Esta “repolitización” explica, en buena medida, las expectativas y el alto nivel de aprobación con el que entra el gobierno del FMLN. Por eso, planteábamos párrafos antes la necesidad de fortalecer el nivel organizativo de la sociedad salvadoreña. A esto puede contribuir grandemente la experiencia organizativa que tiene acumulada el

FMLN. Ahora bien, no se trata de supeditar la organización ciudadana al aparato partidario, sino propiciar que la ciudadanía “haga sentir su voz”.

Los retos del nuevo gobierno

El triunfo del candidato del FMLN, hemos afirmado al principio de estas líneas, abre las posibilidades para operar cambios importantes en el país. No debe olvidarse que ese triunfo se debió a la capacidad de concitar diferentes voluntades políticas en torno a la candidatura de Funes. Desde la izquierda partidaria y no partidaria, pasando por elementos desencantados de las políticas de ARENA hasta empresarios y militares, el triunfo de Funes se debió al abanico amplio de fuerzas políticas que se unió para derrotar a ARENA en las urnas.

Durante la campaña electoral, ARENA intentó crear pánico alrededor de Funes utilizando el espectro de Hugo Chávez. Funes, que no siguió el juego de la derecha, se identificó a sí mismo más con Lula da Silva y Barack Obama. El problema ahora es no caer en la trampa que supondría identificarse con lo que está detrás de un determinado personaje político. El hecho de distanciarse retóricamente de Chávez fue inteligente en el contexto de la campaña. Puestos en el gobierno, no se debe satanizar a Chávez, ni a Cuba, como tampoco debe beatificarse cualquier modelo político que resulte inofensivo para las derechas. Sería un error que, por querer distanciarse del supuesto eje del mal —Cuba, Venezuela y los países del ALBA—, el nuevo gobierno termine continuando las mismas políticas de sus antecesores.

No cabe duda que el apoyo empresarial fue importante para la victoria del candidato efemelenista. Pero no debe olvidarse que aparte del respaldo económico, fue decisiva la participación popular. ¿Y qué decir del capital político aportado por el FMLN? Difícilmente puede concebirse a un Funes ganador bajo la bandera de otro partido político. Tan cierto es esto como lo contrario: difícilmente el FMLN hubiera triunfado en las urnas con otro candidato.

Ahora bien, este mapa complejo de alianzas y entendimientos políticos no debe hacer olvidar lo esencial: la razón de ser del partido de izquierda y aquello que hizo progresar la candidatura de Funes: los intereses populares. No olvidar esto es un reto importante. Es previsible que las diferentes fuerzas e intereses que respaldaron la candidatura efemelenista quieran orientar el rumbo del nuevo

gobierno a su favor. El FMLN y el presidente electo deberán fortalecer sus vínculos con esos sectores que fueron los que defendieron en las calles el triunfo electoral y que hicieron que se desdibujaran las posibilidades del fraude.

La derecha está pasando un momento de crisis. Derrotado su instrumento político, es de esperar que, tras los ajustes de cuentas y los pleitos domésticos, la derecha trate de recomponerse. Ello, sin embargo, no neutraliza su capacidad para bloquear al nuevo gobierno, a través de su plataforma mediática o por medio de la oposición legislativa, que podría volver inviables las iniciativas del Ejecutivo que necesiten la aprobación de los diputados.

La tarea: construir una nueva hegemonía

Difícilmente un proyecto transformador de una sociedad injusta tiene condiciones de posibilidad si no se toma en cuenta la importancia de los cambios culturales. Habrá que pasar de una visión reducida de la cultura (ya sea elitista: la cultura como “bellas artes”, o “populista”: la cultura entendida como folklore, etc.), a comprender la complejidad de aspectos que abarca la cultura y las implicaciones sociales que éstos poseen. En ese campo es que entra en juego el concepto de hegemonía como elemento importante en la conducción de las sociedades.

El pensador italiano Antonio Gramsci plantea que la hegemonía es la capacidad que tiene un grupo social de conducir intelectual y moralmente a la sociedad. Una clase es hegemónica en la medida en que sus visiones de mundo son aceptadas como “naturales” por la sociedad. Esto determina el grado de capacidad que tiene una clase determinada para “fabricar consenso” en torno a sus intereses. Este concepto de Gramsci demuestra que el problema del poder político es complejo y va más allá de cambios en el aparato estatal.

Como lo afirma Irene Lungo en el artículo que publicamos en este número, ARENA tuvo éxito en la posguerra al ganar y consolidar la hegemonía en el país durante las dos décadas que gobernó. La hegemonía del proyecto neoliberal se ha visto erosionada con la derrota de sus candidatos en las elecciones presidenciales, pero ello no resulta suficiente.

Si se habla de operar transformaciones sociales para superar la injusticia estructural, el problema va más allá del cambio en el

Ejecutivo. Si un proyecto de izquierda quiere hacer algo más que limitarse a atenuar los rasgos inhumanos del neoliberalismo, es necesario disputarle la hegemonía a la derecha. Es cierto que el fantasma del anticomunismo no funcionó en la campaña electoral anterior, pero también es cierto que la sociedad salvadoreña sigue siendo, en muchos aspectos fundamentales, heredera de una tradición cultural conservadora y autoritaria.

El hecho de ganar el control del Ejecutivo para el próximo quinquenio es un elemento importante para la construcción de esa hegemonía. El nuevo gobierno puede incidir en terrenos importantes como el educativo, para introducir en la sociedad el cultivo de la memoria histórica —desde la perspectiva de los vencidos de la historia—, el conocimiento crítico y la solidaridad, tan descuidados durante la posguerra neoliberal. También es posible abrir la puerta para replantearse el uso de los medios de comunicación. La hegemonía neoliberal se explica en buena medida por la prensa. La izquierda —tanto la representada en el FMLN como la que está fuera de dicho partido político— debe tener una estrategia mediática a la altura de los retos que la nueva situación política planteará. No se trata de utilizar los medios para “indoctrinar” —pero, ¿acaso no es eso lo que hace la derecha con los medios?—, sino más bien para crear una conciencia crítica de la realidad.

La izquierda tiene ante sí un reto que no es nada nuevo: aprovechar las posibilidades generadas por su llegada al Ejecutivo para transformar la sociedad salvadoreña. Esta capacidad de obrar transformaciones profundas, que cambien la situación de las mayorías, decidirá si el nuevo gobierno es, como planteó un comentarista político, la alternativa al ya agotado modelo capitalista, o simplemente una pieza en el juego de la alternancia, donde resulta indiferente el nombre de quien esté en el gobierno, pues “el sistema” sigue su marcha.